

Prof. García Monge

# Reproducción

Número 91. — Tomo V.

10 de febrero de 1923.

---

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

---

*Administración:* BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Fibros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Fibros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.



# REPRODUCCION

No. 91 \* 10 de Febrero de 1923 \* Tomo V

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---

## La escuela de mi hijo

Por Bruce Barton

(fragmento)

Durante varias semanas había estado insistiendo mi hijito, de seis años, en que fuera yo a visitar su escuela. Esta petición me parecía muy extraordinaria. En mi tiempo, jamás tuve yo el deseo de que mis padres visitaran *mi* escuela. Aun después de tantos años recuerdo perfectamente la conmoción que se desarrollaba en la sala de clases cuando el papá de Joe o la mamá de Minnie venían a ver cómo la pasaban sus hijos. Los muchachos estiraban el pescuezo, reían por lo bajo y dejaban caer los libros. «Mira, mira, ahí está la mamá de Minnie», cuchicheábamos llenos de emoción. La pobre Minnie, roja y aver-

gonzada, acudía a la llamada del maestro a sentarse a su lado, mientras a los demás muchachos nos hacían recitar las mejores lecciones para beneficio y aprobación de la perturbada madre.

No quiere decir esto, por supuesto, que fuera impropio el que un muchacho tuviera padres; no era que nos avergonzáramos de ello, pero los papás no encajaban bien en la escuela: eso es todo.

«Y bien, chico, ¿qué has aprendido hoy en la escuela?» nos preguntaban los papás de vez en cuando.

«Oh, no mucho,» respondíamos de acuerdo con la fórmula aceptada. Y en seguida nuestros progenitores, cumplido su deber paternal, volvían a sus diarios de la tarde. Sentían tan poco deseo de imponerse la tarea de visitar la escuela, como lo teníamos nosotros de que lo hicieran. Con estos recuerdos todavía vívidos de mi juventud, no es extraño que me inspiraran recelos las insistentes invitaciones de mi hijo. Preguntábame si el chico era completamente normal. No sólo parecía asistir con gusto a la escuela (sig-

no tradicional de salud delicada en un muchacho), sino que deseaba realmente que yo lo acompañara. Con sentimientos en que se mezclaban la duda y la admiración, consentí al cabo en la visita.

Permítaseme aquí una ligera digresión, especificando que yo no poseo autoridad alguna para discutir teorías de educación. Soy francamente ignorante. Lo único que me alienta para escribir este artículo es la circunstancia de que la mayor parte del público que sostiene nuestras escuelas y colegios y envía allí a sus hijos, parece encontrarse en igual condición. Y esto se aplica, no sólo a la gente que no piensa, sino también a quienes han pensado muchísimo. A decir verdad, parece casi que mientras más hubieran meditado el punto, más perplejos se encontrarán acerca del gran problema de la educación actual en las escuelas y del rumbo que la educación debería seguir.

«Sabemos menos respecto de educación que de cualquier otro de los grandes ramos de la experiencia hu-

mana». El hombre que me hizo esta observación en cierta tertulia no era por cierto un bolchevista de salón ni un alarmista. Todo lo contrario: es uno de los tres o cuatro banqueros principales de la nación. Habiendo adquirido su propia educación en las escuelas nocturnas, tras la pesada labor del día, ha tomado vivo interés en la cuestión escolar, y mantiene en sus posesiones una escuela particular donde nuevas ideas sobre educación tienen oportunidad de comprobar su valor. Le manifesté que mis hijos asistían a una escuela más o menos de análoga orientación.

«Eso estará bien durante los primeros años,» replicó con cierto matiz de amargura; «pero si usted desea que ingresen en un colegio, encontrará que a los once o doce años tendrán que abandonar este sistema y conformarse a las regulaciones establecidas. Tendrán que seguir el programa acostumbrado: tendrán que atestarse de estudios convencionales. De lo contrario, no pasarán el examen de admisión.»

«He descubierto este hecho con mi hija mayor,» continuó. «Sigue ahora

el primer año de estudios en la universidad, y cada vez que recibo carta suya quisiera ir a buscarla y traérmela a casa. Están llenándole la cabeza con un montón de cosas que no le interesan, estudios que no tienen la menor aplicación en el mundo en que ha de vivir. ¡Qué sé yo si aquella maquinaria no destruirá toda partícula de individualidad que pueda poseer!»

Hé aquí otro ejemplo: cierto eminente periodista norteamericano, a quien preguntaban dónde se había educado, respondió: «Mi educación comenzó en las oficinas del *Plain Dealer* de Cleveland, algunas semanas *después* de haber recibido el grado en Harvard College.» Explicó en seguida que su respuesta era algo más que un epigrama. Comprendía que toda su educación escolar y universitaria había consistido en una dieta de hechos previamente comentados, y la cual se le había administrado en un ambiente del todo artificial. Durante todos aquellos años no había tenido oportunidad de traducir en acción tales hechos o relacionarlos con el proceso del mundo exterior. Se le «preparaba para la

vida» manteniéndole veintidós años alejado de la vida; y cuando, terminado el período universitario, concluyó bruscamente la enseñanza, se vió compelido a ingresar en la clase elemental y aprender el A B C de la existencia.

Cito estos dos ejemplos para demostrar que no soy el único en experimentar un sentimiento de vacío con respecto a la educación actual, a la par que una vasta proporción de ignorancia en lo que concierne a este asunto. Dichos ejemplos sirven también para establecer el contraste con lo que refiero a continuación (1).

---

(1) El autor de este artículo es un notable escritor estadounidense que no cuenta aún 37 años de edad. Pertenece, pues, a la generación anti-intelectualista que está hoy al frente de los periódicos, de la política y de los negocios en el mundo, generación sucesora de la intelectualista de la segunda mitad del siglo XIX. Sus palabras tienen, por lo mismo, muy especial valor en cuanto a enseñanza se refiere.

La línea de puntos está puesta por mi en lugar de la ligera descripción de la escuela que a él le parece un modelo, pero que en realidad no difiere esencialmente de la escuela que él censura. La escuela debe reproducir *la atmósfera* del hogar, mas no debe intentar cambiarse en sustituto del hogar. A éste corresponde *la parte mayor y más importante* de la educación. A la escuela corresponde la instrucción. Así se hacía en tiempo de Lincoln, y es lo que habriase debido continuar haciendo, con las facilidades mayores de que se ha disfrutado.—E. J. R.

.....

Naturalmente, esta escuela es *una escuela privada*. Las clases son poco numerosas, y la inteligencia de los maestros es muy elevada. Como experimento es altamente interesante; pero si los beneficios se limitan a un puñado de niños, el resultado no asume especial importancia. La gran masa de niños asiste a las escuelas públicas, y allí es donde reside nuestro verdadero problema educativo. Propuse el asunto al director de la escuela.

—¿Hasta qué punto sería este sistema aplicable a las escuelas públicas?  
—pregunté. —¿Es práctico? ¿Necesitaríamos mucho mayor número de maestros, y maestros mucho mejor pagados? ¿Y equipo muy superior?

—Necesitaríamos todo eso,—replicó.  
—Mas, ¿por qué no habríamos de tenerlo? ¿Por qué no habríamos de gastar en escuelas tanto dinero como hemos gastado en la guerra? ¿Hay, acaso, algo más importante? ¿Por qué han de ser nuestras escuelas públicas inmensas, desnudas y feas colmenas? ¿Por qué no podríamos trabajar con pequeñas unidades, con *escuelas de*

*barrios*, reproduciendo la atmósfera del hogar y admitiendo *cien niños* en cada una en vez de recibir quinientos o mil? ¿Por qué no ha de ser el maestro de la escuela pública el individuo mejor preparado de la comunidad y recibir una remuneración conmensurada con la que recibe cualquier hombre o mujer que ejerce una profesión? ¿Por qué no habrían de tener los maestros una preparación general que los hiciera idóneos para conducir su clase como un mundo pequeño, relacionando todos los estudios directamente con la vida, puesto que su preparación les habría dado amplios conocimientos y práctica de la vida?

—¿Por qué no habría de ser así?— repliqué. Esta respuesta no solucionaba en manera alguna el asunto, pero no se me ocurrió otra cosa que decir.

-----

Expresaba algunas de estas opiniones a uno de nuestros viejos estadistas que ha tenido vasta experiencia en Washington.

Paréceme a veces que todas las personalidades interesantes de otro tiem-

po estuvieran desapareciendo del mundo,—observé,—y que no florecieran otras nuevas para reemplazarlas. ¿Dónde están los Chauncey Depews y los Tío Joe Cannons de nuestra generación? ¿Dónde están los hombres que hacían del senado de antaño un lugar de reunión de personalidades tan vigorosas? El senado y la cámara de diputados cuentan número mucho mayor de miembros que en otro tiempo, pero tienen un ambiente opaco, gris y monótono. ¿Obedece esto a que yo haya envejecido tanto que los senadores no me inspiran ya reverencia? ¿O hay algo de cierto en la sospecha de que no producimos ya *personalidades* vigorosas, extraordinarias?—

El estadista lanzó una vehemente exclamación. —De esto tiene la culpa... el sistema de educación,—murmuró.— Los viejos crecían en sus haciendas; vivían aislados mucho tiempo y tenían que pensar por sí mismos; estaban obligados a fabricar cuanto usaban, y eso les daba plena confianza en su capacidad para emprenderlo todo y hacerlo todo. Tenían nociones propias sobre la vida, y las expresaban con

vigor. Pero esto pertenece al pasado. Ahora, desde que un chico tiene cinco años hasta que llega a los veinticinco, se le encierra en la chaqueta ajustada y se le alimenta con cuchara. El hombre de la pasada generación era hecho a mano; el hombre educado de nuestros días es un producto mecánico; tiene una brillante y seductora apariencia, pero está cortado en líneas tan semejantes a las de los otros como un par de automóviles Ford.—

El decano de cierta universidad, que se hallaba cerca de nosotros, intervino en este momento: —Creo que me sería muy fácil probar a ustedes que sin los Fords la vida moderna carecería de muchas ventajas,—arguyó.

Desde luego, hay mucho de verdad en esto. Y probablemente no deberíamos esperar de nuestras instituciones educativas otra cosa que un producto artificial; quizá la mejor manera de deslizarse en la vida sea identificarse con todos los demás, no hacer nada diferente, no pensar sino ideas trazadas de antemano. Muchas personas respetables lo creen así indudablemente; hacen ingresar a sus hijos en escue-

las preparatorias de gran tono y en universidades socialmente reconocidas. Virtualmente dicen a sus hijos: «El elemento del azar no entra en tu carrera, hijo mío; no hay sorpresas, no hay grietas en la valla a través de las cuales pudieras escapar en alguna nueva o inesperada dirección. Hé aquí el cuadro de lo que serás a los diez, a los veinte, a los treinta, a los cuarenta años. Tendrás apariencia exactamente igual a la de todos los demás niños de nuestro grupo social, pensarás como ellos, actuarás como ellos. Nosotros, tus padres, que hemos pasado por idéntico proceso y estamos perfectamente satisfechos con nosotros mismos, hemos procurado cuidadosamente que así sea».

La escuela a que asiste mi hijo toma, hasta donde yo puedo comprenderlo, diferente punto de vista. Presume que el Todopoderoso ha puesto en cada niño una pequeña chispa de individualidad, y que esta chispa representa por lo común el don más precioso en el universo. Cuida no solamente de que esta chispa no llegue a extinguirse en el proceso de la educación, sino

que la alimenta para que se convierta en llama. Este sistema no sólo representa, a mi entender, un concepto más reverente de la educación, sino que la hace al mismo tiempo más interesante. No deseo yo que mi hijo se me parezca (¡Dios nos libre!) ni que piense como yo, ni viva la vida restringida, estrecha y mezquina que yo he llevado. No quiero que siga los negocios que yo he seguido, ni quiero influir en manera alguna en la elección de su carrera. Ya tenga el don de predicador o de salteador de trenes, deseo que saque el mejor provecho posible de sus dotes. Y creo que tal es el propósito de su escuela.

Hace algunos años había un caballero llamado Amos Bronson Alcott que tenía varias hijas muy interesantes. Una de ellas escribió *Little Women* (Mujercitas). Alcott era maestro de escuela hasta que los padres y la junta directiva de la escuela protestaron contra sus ideas modernistas y le quitaron el puesto. Antes de que el hacha cayera, sin embargo, había cambiado las cosas en forma considerable. Hizo

abstracción de libros de texto añejos y de la mayor parte de las ideas aceptadas respecto de la disciplina. Decoró bellamente las salas de estudio.

«Además de las estatuas y cuadros de la sala de clase, agregué hoy una hermosa escultura representando el Silencio», escribía. «Eso me ayudará a mantener la disciplina... He pedido a Inglaterra ejemplares de *The Pilgrim's Progress* (El progreso del peregrino) y de *The Fairy Queen* (La reina de las hadas), porque no ha sido posible conseguir en Boston ediciones de lujo... Con excepción de mi escuela, no sé que en parte alguna de los Estados Unidos se haya dedicado especial atención a la cultura de la imaginación; rara vez oigo hablar de la importancia de este punto. Y, sin embargo, si hay hecho alguno reconocido por la historia, es el de que la imaginación ha sido el impulso que guía a la sociedad».

Alcott usaba una frase que hacía rechinar los dientes a los tradicionalistas (1). «El verdadero maestro»,

---

(1) ¿A los tradicionalistas o a los anti-reformistas contemporáneos?—E. J. R.

decía, «debe precaver a sus discípulos contra su influencia personal». En otras palabras, no corresponde al maestro el recrear con su espléndida imagen a los discípulos, sino, por el contrario, estimular a los alumnos para que den plena expresión a sus propias individualidad y facultades. Esto representaba una herejía en aquellos tiempos; quizá todavía lo parece, pero es la herejía en que se basa la escuela de mi hijo. Llevando este ideal a la práctica, la escuela ha reproducido con bastante exactitud las condiciones en que se formaron los interesantes personajes del pasado. Los viejos ciudadanos trabajaban en el campo o en industrias particulares que se ejercían en el hogar doméstico. La lectura y escritura que aprendían en la escuela eran sólo parte de la educación; la parte mayor y más importante se desarrollaba en el hogar, combinando la educación manual y la intelectual bajo condiciones que exigían el máximo de confianza e iniciativa propias. La educación era bastante deficiente en cuanto a libros se refería; mas, sea cual fuere su carencia a este respecto, poseían el vigor

y la iniciativa para emprender y realizar. Y el paso de la escuela a la vida no era brusco: habían vivido todo el tiempo.

Del *Collier's*, N. York, 20 de mayo 1922.—Traducción de *Inter-América*.

---

## Un voto en blanco

Por Leopoldo Lugones

Creo que puedo adjudicarme sin demasía la representación de las cuatro o seis docenas de votos en blanco clasificados en cada elección, al ser el mío uno de los tales, y al anticiparme todos ellos la perfecta conformidad. No aspiro como mis ignotos cofrades a ninguna otra representación, bastándome la propia, que me cuesta no poco trabajo y que desempeño bastante mal: revelación del espejo filosófico al cual debo el benévolo fatalismo que refleja la candidez de mi sufragio.

Nuestra actitud—pues aquí empiezo a hablar en nombre de la representación que invisto—es una prueba de ili-

mitado respeto a la voluntad del pueblo soberano. Aceptamos, así, con disciplina ejemplar, el Gobierno que quiera darnos. Y nos anticipamos a hacerlo, porque nos sabemos insignificante minoría. Esto elimina, a la vez, todo peligro para la democracia, ya que la inmensa mayoría restante vota con persistencia eficaz.

En recompensa de esta conducta, inofensiva y respetuosa a la vez, pedimos tan sólo que se nos olvide. Nuestro sobre vacío es una protesta contra la absurda obligación de tener apetito en pleno desgano: manifestación que hacemos con pesar, por no haberse entendido la simbólica abstinencia de esa vaciedad leve como la sombra y discreta como el silencio...

Si la democracia fuera accesible a la filosofía, le diríamos que la libertad es un estado negativo, como la salud, pues una y otra consisten en no hallarse el sujeto oprimido ni enfermo: inferencia resultante de la defectuosa condición humana, que sólo reaccionando ante el dolor adquiere conciencia de la dicha. Como que padeciendo empezamos a vivir, siendo el dolor lo

primordial para nosotros: el primer punto de referencia para nuestra conciencia en formación (1).

Pero este argumento, de lógica natural, no puede entenderlo la democracia, que es una paradoja.

Queremos decir la democracia mayoritaria o moderna, para la cual el «sí» o el «no» del mayor número definen la verdad, la razón y la justicia: no porque revelen mayor ciencia o conciencia, sino porque comprueban de qué lado está la fuerza material con la cual puede imponerse a los menos, aterrorizándolos o suprimiéndolos, la mentira por verdad, el dislate por razón y la iniquidad por justicia.

La democracia así concebida es el gobierno de la fatalidad, y constituye esencialmente un estado de barbarie. Procede, en efecto, de las tribus ger-

---

(1) Tomo este artículo del *Repertorio Americano* que dirige el Prof. García Monge. No prestándose el original a ser muy recortado, tengo que dejar las tijeras y agregar algunas notas.

No creo que la libertad y la salud sean estados negativos. Al contrario, considero como negativas la opresión y la enfermedad.

No creo que el dolor sea lo primordial para nosotros. Al revés, pienso que el dolor es siempre anormal.—E. J. R.

mánicas que invadieron el Occidente, aun cuando es peculiar a toda agregación bárbara de análogo carácter, como la horda tártara o la indiada patagónica. Y aunque la titulen después colectivismo, socialismo, maximalismo, no pierde su filiación histórica ni su condición esencial.

Verdad, razón y justicia, son para el hombre libre otras tantas satisfacciones de la conciencia individual, con arreglo a las cuales se gobierna cada uno. De suerte que toda imposición de una de ellas a la fuerza, le causa una tortura que llama despotismo. Mas, para raciocinar así, resultando la entidad libre que suponemos, el individuo debe ser un hombre civilizado. Entonces le parecerá naturalmente absurdo imponer a nadie por la fuerza la verdad, la razón y la justicia. Sabiendo, además, que estas últimas son variables en relación a los conocimientos adquiridos por el hombre, no las presentará como conclusiones perfectas o finales, sino como proposiciones relativamente satisfactorias, que su interlocutor puede o no aceptar, sin acatarlo ni ofenderlo, según el

caso. Reconocerá, entonces, como autoridad justa, la del saber, adquirido por el estudio y la experiencia, y se apresurará a aceptarla con verdadero gozo espiritual, como se acepta toda dirección fundada en el conocimiento; pues de tal modo incorpora este último a su sér, alcanzando con ello la más alta satisfacción y provecho espirituales, al par que elige también, dándose, con la aceptación, su propio Gobierno.

La democracia, como función gubernativa, viene a consistir entonces en el empleo de toda capacidad personal para el bien común; sin estorbos ni privilegios sociales, religiosos o económicos, lo cual exige ante todo la igualdad en el bienestar necesario para adquirirla y ejercitarla; pues la miseria reduce prácticamente a la ignorancia y a la servidumbre. Miseria y plebe son sinónimas, y la plebe es la negación de la verdadera democracia. Entregar el Gobierno a la plebe como resulta fatalmente con el procedimiento mayoritario, no es realizar la democracia, sino crear la demagogia. Aquello requiere como medida primordial la supresión de la plebe, mediante la

abolición de la miseria y de la ignorancia (1).

El ideal democrático de la plebe no es el bien público, sino el pillaje de la Administración. Convertida por la democracia mayoritaria en canalla gobernante, el experimento confirmatorio de mi postulado repítese por doquier. Aplicando a rigor su derecho de más fuerte, engendra en Rusia la dictadura proletaria, uno de los más negros despotismos de la historia, reniega cínicamente de la libertad, que llama «prejuicio burgués», retrocede como sedienta de iniquidad a su fuente bárbara, ejercita la paradoja nihilista de engendrar con un programa paradisiaco el hambre, la desesperación y la muerte, porque el nihilismo es, en suma, el programa de la barbarie, para enseñar una vez más al mundo que

---

(1) Bastaría con decir *supresión de la ignorancia* o, mejor, *de la incapacidad*; pues la miseria es un resultado de la incapacidad por ignorancia o por otra causa. Pero la incapacidad es relativa y no podrá abolirse jamás, ya que los hombres nacemos necesariamente con dotes desiguales.

El advenimiento de la verdadera democracia no exige la desaparición de la plebe, lo cual es imposible; exige solamente—y ya es mucho exigir—que los votos no sean contados, sino *pesados* según se ha dicho ya desde hace tantisimos siglos.—E. J. R.

entre la democracia mayoritaria y la verdadera, hay la misma diferencia que entre la prostitución y el amor.

Una vez más, digo, porque ya se vió la catástrofe de la civilización bajo análogo programa, cuando destruyeron el paganismo los cristianos y los bárbaros del Norte. De suerte que sabemos a qué atenernos. La plebe es una horda interna que acaba siempre por entenderse con las hordas de invasión, y tal es en la actualidad el espectáculo de Europa. Resumamos: plebe y barbarie son correlativas; y la democracia de la justicia y de la libertad, no de la fuerza bruta del número, es un estado superior de civilización.

¡Cómo no hemos de ser, entonces, abstinentes en tal sistema! Mientras llega la hora de abolirlo, que ya vendrá, ésta es la única forma de ser revolucionarios.

La hora se aproxima, en efecto; y corresponde a la grande bienamada Italia, predilecta de la libertad latina, el primer paso decisivo, paso de jefe, pues, en la persona del arrogante tribuno que acaba de resucitar los más bellos días de Roma. Así viene a com-

probarse que no era ilusión aquella dictadura democrática que yo presentaba, según tantas veces lo dije en estas columnas, y que no iba desacertada mi filosofía histórica. La libertad latina, la democracia romana, tienen esa característica, que es la nuestra también, por razón de la índole. *Individualismo*: hé aquí su fórmula sintética. Vale decir, apreciación y adopción personales de los postulados de verdad, razón y justicia, conforme le vengan bien a cada uno; pues si cada cual tiene derecho a elegir a su medida la ropa y el calzado, ¿cuánto mayor no lo poseerá para darle normas de conformidad a su espíritu! La democracia mayoritaria es un atentado permanente contra la libertad individual.

Pero la invasión bárbara ha perfeccionado su sistema, creando el deber jurídico: otro invento alemán como el socialismo congénere, cuya sarna de raposa acaba de raerle a Italia la mano tribunicia de Mussolini. Ese instrumento, de procedencia tan sospechosa para la libertad, es el que se nos aplica con la obligación del sufragio. Veamos en pocas líneas cómo lo ha aceptado el país.

El censo electoral revela un cuarenta y cinco a cuarenta y siete por ciento de iletrados que tienen obligación de votar: vale decir, de aplicar una ley que, siendo un instrumento escrito de mucha complicación, no pueden ellos conocer sino de oídas. Los escrutinios indican a la vez que sólo vota en término medio el sesenta y cinco por ciento del total de los inscriptos, pero que esta cantidad comprende a la gran mayoría del electorado analfabeto.

.....

La crisis de la democracia mayoritaria es, pues, aguda acá también. Trataré de estudiarla bajo otros aspectos en un artículo próximo, pues deseo ejercer a conciencia la representación del electorado en blanco, cuyo candor simboliza, por lo menos, un voto de castidad. Y abrigo la esperanza de hacer ver así al lector que en la libertad latina está el verdadero porvenir de la democracia, y que a despecho de su siniestra reacción la barbarie no fué derrotada en vano.

(*La Nación*, Buenos Aires)

## Miscelánea

El dueño de bienes—así se trate tan sólo de unos cuantos buenos libros—ha de procurar repartirlos personalmente en la vejez, si no quiere ser burlado tarde o temprano por los encargados del cumplimiento de las disposiciones testamentarias.

El caso del padre Chapuí es muy demostrativo, pues ninguno de los deseos del benemérito sacerdote ha resultado satisfecho. Véase la suerte de los principales:

La Universidad de Santo Tomás—que podría ser a estas horas una de las más ricas de América—NO EXISTE.

La Municipalidad de San José no posee casa propia.

Muchos de los que habitan cerca de la campana de la Catedral, no viven bajo dicha campana: son protestantes u otra cosa fuérea de la Iglesia Católica.

\*

\* \*

Es raro dar con quien sabe bien qué es un médico y qué es un higienista. Se piensa comúnmente que las funciones del uno son semejantes a

las del otro y que, por lo tanto, el uno puede ser reemplazado con el otro. De tal confusión provienen errores muy lamentables a veces.

Sin alarmarse, permítame el lector decirle que a mí me parecen muy distintas y hasta opuestas en cierto modo las funciones del médico y las del higienista.

Al higienista, lo que le interesa es la salud de la COMUNIDAD. Ante él, todo enfermo, sea cual fuere la dolencia que le aflija, representa un mal cuya desaparición es urgente, ya para evitar el contagio de los otros miembros de la comunidad, ya para evitar la mala herencia, ya para librarse de ambas cosas a la vez. Todos los esfuerzos que se hagan y todo el dinero que se invierta por manutención de enfermos, son, a juicio del higienista, esfuerzos y dinero mal gastados: consumo de energía de los sanos, sin apreciable ventaja—cuando no con evidente desventaja—para el presente o el porvenir de la comunidad. Ante el higienista, el hospital—cualquiera que sea su tamaño o su nombre—es una pesadilla. Lo que él desea es mayor comodidad

y alegría para los alentados: la multiplicación de los robustos, en una palabra. A dejarlo solo—y yo lo dejaría de buena gana—en el gobierno del Estado o del municipio, el higienista se opondría siempre a los gastos que no tiendan exclusivamente al mejoramiento de las condiciones de existencia de los sanos.

Al médico lo que le importa, lo único que debe importarle, si no quiere salirse de su esfera, es la bienandanza del INDIVIDUO que viene en busca de curación o de alivio o de consuelo.

Este concepto coloca al médico en una posición sin igual frente a frente de todos los códigos. Por encima de todas las leyes están para el médico los principios de conducta derivados de la función que ejerce en la sociedad. Desde los preceptos relativos al SECRETO absoluto hasta los relativos a la PIADOSA MENTIRA de que se habla en LA 'TRAVIATA, todo hace de la moral del médico algo completamente diverso de la moral del higienista. La función del médico ha de ser individualista a ciegas.

Así va y así irá el mundo, quiéranlo o no los legisladores.

\*  
\* \*

### Contesto a cuatro preguntas:

«¿Qué juzga Ud. más peligroso, el juego de dados o el de caballos?»

—Soy enemigo de todos los juegos de azar, comenzando por las llamadas LOTERÍAS DE BENEFICENCIA. Ahora bien, azar es una palabra árabe que significa dado, no caballo. Además, pecado de esta especie que se hace al aire libre y a cielo abierto tiene para mí grandísimas atenuantes.

---

«¿Qué clase de lecturas debo poner en manos de mis hijas?»

—Ante todo le recuerdo que una cosa serán las lecturas que Ud. ponga en manos de sus hijas y otra cosa será, probablemente, lo que ellas lean. Sin rayar en lo ingenuo le doy, pues, mi consejo enseguida. En cuanto su vigilancia lo permita, haga Ud. que se ejerciten en la traducción del italiano, del francés, del inglés o del alemán, según las aptitudes de cada una. Así aprenderán la propia lengua y al menos otra moderna. Este aprendizaje conviene quizá más a la mujer que al varón. Quien puede leer revistas serias y de variado material, ensancha enormemente su horizonte y disfruta de una distracción tan placentera como barata.

---

«¿Cuál debe ser el ideal de la educación de la mujer en Costa Rica?»

—No sé qué llama Ud. educación. ¿La buena crianza? ¿La urbanidad? ¿El ejercicio de las facultades mediante la instrucción y los procedimientos afines? ¿Todo ello reunido?

En uno u otro caso mi respuesta sería la del rabadán: que la mujer sea lo más mujer posible. En Costa Rica y en toda otra región del orbe, el ideal de la educación de la mujer—entiéndase como se quiera la expresión—debiera ser uno solo: la maternidad normal.

Es muy fácil enunciar este principio, a cuya consecución habrían de tender cuantos colaboran en una forma u otra en la empresa del desarrollo y enseñanza de las niñas y de las jóvenes; pero muy difícil no apartarse de él, particularmente hoy, cuando las naciones que se ofrecen de modelo—los Estados Unidos, por ejemplo—son precisamente aquellas en que más intrincada se ha vuelto la cuestión de la maternidad. Abriendo a la mujer el mismo campo de actividad del varón, házela alejado de su lugar fisiológico. Así, el problema sexual—más importante que todos los otros problemas sociales juntos—persiste sin satisfactoria solución a través de los siglos.

---

«¿Cuál de los planteles de segunda enseñanza en nuestro país es el mejor?»

—Lo ignoro.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

1.º de febrero de 1923.

## La nota salvaje del Domingo 4 de febrero

Bajo el gobierno del Sr. Acosta—que no puede sacudirse de las influencias de los ministros extranjeros—, un español—que se dice Pepe Mora—se ha dado el gustazo de asesinar a un toro, a solaz de su público, en la propia Sabana del Padre Chapuí, y en contra de nuestras costumbres nacionales.

Lo siento por Costa-Rica y por los españoles cultos, que son muchos y valen muchísimo.

Mientras los representantes de la España oficial sean toreros, el mundo seguirá pensando que Africa empieza o termina en los Pirineos, y será ineficaz el propósito de acercamiento intelectual entre españoles y latinoamericanos.

Los más grandes enemigos de España son sus diplomáticos presidiendo corridas de toros.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS